

La Edad Media revisitada

Review de *Arte y belleza en la estética medieval*, de Umberto Eco

Mateu Cabot

Texto originalmente publicado en:

Taula. Quaderns de pensament, núm. 27-28, págs. 224-226, Palma 1998. ISSN: 0214-6657.

Aparece ahora en castellano un texto de 1987 que se inserta plenamente en la línea de los estudios estéticos y de los estudios medievalistas de Eco. Hace ya años (en 1990) apareció la traducción catalana de este texto en la Editorial Destino (*L'àncora*, num. 24) traducido por Josep Daurella. Es la última entrega del trabajo en un campo que Eco inició en su tesis doctoral, en 1956, a los 24 años, con su estudio sobre el problema estético en Tomás de Aquino. Siguieron a ese texto otros centrados en el mismo ámbito, de los cuáles recordar uno sobre la historiografía medieval y la estética teórica (incluido después en *La definición del arte*). Pero sobre todo es conocida la novela *El nombre de la rosa* (1980), primera novela de Eco, situada en el momento de incursión del occamismo sobre el pensamiento medieval y cuyos problema filosóficos planteados pueden leerse en *Apostillas a 'El nombre de la rosa'*, en el que encontramos buena parte de la investigación de Eco sobre el problema que representaba el concepto de “belleza” en la Edad Media.

En este campo el objetivo del libro que ahora comentamos es conocer el pensamiento de la Edad Media. Así lo establece en la primera línea: «Este libro es un compendio de historia de las teorías estéticas elaboradas por la cultura de la Edad Media latina desde el siglo VI hasta el siglo XV de nuestra era» (pag. 7). Y en la

subsiguiente explicación de esta declaración (pues «es una definición cuyos términos precisan ser definidos a su vez») remarca que sus pretensiones son humildes: pretende un compendio, y o una investigación con pretensiones de originalidad, una historia, y no un tratado teórico, y una historia de las ideas estéticas, y no una nueva definición de lo que sea una teoría estética. De acuerdo con esta intención declarada, al final del libro puede concluir «en el curso de esta reconstrucción de las teorías escolásticas de lo bello y del arte, no se ha intentado llevar a cabo ‘recuperación’ alguna: si muchas de las ideas medievales han sobrevivido, si y cómo han sido revisitadas en varias épocas, si pueden ser releídas a la luz de nuestros intereses contemporáneos, es una conclusión que se deja al lector» (pag. 187). Ante esto quizá pudiera pensarse que (a) Eco no hace más que contar una pequeña historia en un plano puramente descriptivo y que (b) lo hace pues no hay mucho más que hacer con una larga época de nuestra historia poco original y poco significativa para nuestro presente, cuya singularidad reside únicamente en ser “media”, en estar en-medio de la antigüedad clásica y la modernidad. Si aún hay alguien que lo piense se equivocará totalmente.

El estudio de Umberto Eco muestra, y en ello reside a mi entender su importancia, no sólo que el pensamiento en la Edad Media tiene una entidad propia y una coherencia propia, que no es la época del caos y la oscuridad, sino que ésta es precisamente la imagen que sobre ella ha lanzado y codificado una época (la moderna, más en concreto, la ilustración) para defenderse de ella y que, por tanto, en esta imagen no deben leerse tanto los rasgos de la época medieval, como los rasgos en negativo de la época moderna, esto es, los fantasmas que quiere expulsar de sí. En esta línea Eco vuelve a plantear alguno de los mitos ya clásicos. Así la “ruptura” del Renacimiento con respecto del pensamiento medieval: «No hay que pensar en el paso entre la Edad Media y el Renacimiento como en una ruptura brusca y en un total cambio de paradigma. Sería un burdo *cliché* reconocer en la Edad Media una época de credulidad y en el Renacimiento una época en la que se afirma lo contrario: si acaso el Renacimiento substituye el racionalismo medieval con formas de fideísmo mucho más encendidas» (pag. 167). Así la oscuridad: «Con esto no queremos detenernos en los *clichés* de los Tiempos oscuros o de la Edad Media como de época de las hogueras. Si acaso es precisamente en la era moderna cuando se inicia en amplia escala la matanza de las brujas, cuyo manual más ilustre, el *Malleus maleficarum*, aparece a finales del siglo XV, mientras que será el humanista Jean Bodin quien hable, creyendo firmemente en ello, de *démonomanie*» (pag. 161).

La diferencia entre ambas épocas, diferencias que hay que suavizar respecto de la comprensión histórica habitual, pues «muchos de los conceptos fundamentales elaborados por la estética medieval sobrevivirán en los siglos siguientes y hasta nuestros días» (pag. 160), estriba más bien en la diferente actitud o posición ante la contradicción. Mientras que la época moderna «ha puesto en escena, por decirlo de alguna manera, las propias contradicciones», la Edad Media tendió a ocultarlas. Si desde el Renacimiento se prepara la diáfana eclosión de las contradicciones tal como se da en el pensamiento trágico de la época del Romanticismo, el pensamiento —las ideas estéticas en él, pues son solo un caso— de la Edad Media no muestra como tema las contradicciones de la existencia humana. «No se trata de hipocresía o de censura». Este es el punto de vista fuerte de Eco. No se trata de no reconocer su existencia o de, simplemente, negar lo que aparece, sino que se trata «de una típica actitud ‘católica’: se sabe perfectamente qué es el bien y se habla de él, recomendándolo, pero se acepta que la vida es diferente, esperando que al final Dios perdone» (pag. 161). «La Edad Media se bate en el plano teórico contra el dualismo maniqueo y excluye el mal —teóricamente— del *plan* de la creación.

Pero precisamente por ello tiene que pactar con su presencia *accidental*. En el fondo, también los monstruos, introducidos en la sinfonía de la creación, así como las pausas y los silencios que exaltan la belleza de los sonidos, son bellos. Basta con ignorar —de hecho— el particular como tal» (pag. 162). El límite que se autoimpone el pensamiento medieval, las estructuras que lo delimitan, son los tres principios adquiridos del pensamiento griego: identidad, no contradicción y tercio excluso. Eco nos recuerda que, al menos hasta Occam, ya en las puertas de la época moderna, ni Dios se libra de cumplir el principio de no contradicción, y que en su omnipotencia no puede hacer que una cosa sea y no sea al mismo tiempo.

En este marco «está claro que en la Edad Media existe una concepción de la belleza puramente inteligible, de la armonía moral, del esplendor metafísico, y que nosotros podemos entender esta forma de sentir sólo a condición de penetrar con mucho amor en la mentalidad y sensibilidad de la época» (pag. 14). La conciencia de la belleza como dato metafísico es relatada por Eco en sus múltiples versiones a lo largo del libro, y así nos muestra el desarrollo concreto de las teorías estéticas fundamentadas en la proporción, o en la luz, o con una concepción organicista. La riqueza que muestra Eco derriba otro de los mitos modernos: la unicidad medieval. Desde luego lo bello era un valor, y que debía coincidir con lo bueno, con lo verdadero y con los demás atributos del ser y de la divinidad. Así «la Edad Media no podía, no sabía pensar en una belleza ‘maldita’, o como hará el siglo XVII, en la belleza de Satanás. No llegará a ello ni siquiera Dante, aun entendiendo la belleza de una pasión que conduce al pecado» (pag. 24). Pero el ser un valor —metafísico— no niega la existencia de una sensibilidad estética profundamente refinada de la que nos da interesantes ejemplos en el capítulo 2. Ejemplos que relativizan otro más de las preconcepciones modernas: que la Edad Media se agota en el comentario de la tradición antigua que es la que mira la naturaleza. Tal vez esta preconcepción esté ayudada por los mismos medievales que, al contrario de los modernos, no tenían como valor “ser original” (categoría estética de bien entrado el siglo XVIII). Al contrario de la época inaugurada por Descartes —en que uno debe comenzar de cero, negar lo anterior— «los medievales no eran tan teatrales, pensaban que la originalidad era un pecado de orgullo (y, por otra parte, en aquella época, si se ponía en cuestión la tradición oficial, se corrían algunos riesgos no sólo académicos)» (pag. 12).

La riqueza del tratamiento de Umberto Eco nos proporciona en este libro material y motivos para adentrarnos en la riqueza, complejidad y directa pertinencia del pensamiento medieval para la modernidad. Destacar el capítulo 6 dedicado a “Símbolo y alegoría” que introduce la cuestión de la distinción —o no— entre simbolismo y alegorismo, el significado de cada cual y, sobre todo, los presupuestos implícitos en cada uno. Además en este capítulo el autor despliega de forma explícita su saber semiológico y de esta manera va más allá de lo que él mismo dice hacer: que sólo pretende describir o contar. Sin pretender tematizar el concepto de “interpretación” posiblemente usar, el verbo ‘describir’ sea simplemente un giro de humildad —como lo es seguramente reconocer, en la primera nota del libro, que el armazón de los estudios estéticos medievales está contenido en las obras de Bruyne y Pouillon. Eso si hacemos un uso moderno de la categoría “describir”. Precisamente el gran mérito de Eco es mostrarnos la diferencia y, a la vez, la imbricación de nuestras categorías con las medievales, recordándonos así que la Edad Media no es el patio trasero, no es ajena a nosotros y que lo primero que podemos leer en ella son nuestras propias negaciones.